Voy a apagar la luz,

voy a encender las estrellas.

Voy a buscar en la noche las luciérnagas

más bellas.

Voy a escuchar el eco,

el eco que trae el viento.

Voy a cantar sin la voz

y a escuchar quietita

nuestro silencio.

(Aplausos)

Vengo de una gran familia, ruidosa y participativa. Tenemos nuestro propio coro navideño, bastante desafinado por cierto, donde cantamos todos y nadie queda afuera. En estas experiencias familiares lo más importante es compartir, es el encuentro con el otro mediante la música.

La música nos da esto. La oportunidad de encontrarnos.

En muchas tradiciones rurales las comunidades viven la vida cotidiana acompañados de la música. La gente canta y baila en grupo y tiene sus propios rituales para acompañar los distintos momentos del día. Para encontrarse, para cocinar, cuando se trasladan y también para despedirse.

Todo esto es muy lindo pero ¿qué nos pasa a los que vivimos en las ciudades?

Para nosotros la música colectiva es un desafío. Quizás porque no reconocemos nuestro folclore o porque nos da vergüenza cantar frente a otros. O tal vez simplemente porque no estamos acostumbrados.

Como fuere, cuando vamos a la cancha esto se libera ¿no es cierto? Pero para la vida cotidiana nos falta una experiencia de este tipo y hay que construirla.

Yo me dedico a la música y a la educación. Y en este camino descubrí que la música colectiva es una gran oportunidad para que las escuelas sean espacios de encuentro, donde todos puedan desplegar su propia voz y escuchar a los demás. Pero ¿qué hace falta para esto? Las escuelas tienen que dejar de ser un espacio donde la música es una actividad compartimentada, en un aula, una vez por semana, 40 minutos. Necesitamos que la música resuene en todos los espacios de la escuela: en la vereda, en el pasillo, en el patio y que además acompañe los distintos momentos de cada día. Para que sea un lenguaje posible, cercano y fácil para todos.

Yo empecé mi camino como educadora y como música en escuelas. Y en este camino descubrí que la música nos acerca, acerca a las familias y a la escuela. Para que seamos aliadas, para que avancemos juntos. Y también nos enseña que cantar, bailar y jugar tiene sentido para los chicos pero también para nosotros los grandes.

Comencé trabajando en escuelas, pero con el tiempo armé mis propios grupos rodantes en las casas con los niños pequeños. Yo iba con una bolsa llena de instrumentos, con la guitarra, títeres, palanganas, pelotas, espuma, toalla para limpiar la espuma. Mis subidas al colectivo eran una verdadera hazaña. Cuando llegábamos a la ronda compartíamos las canciones junto a los papás, a las mamás y a los abuelos que antes de irse a trabajar se quedaban a jugar un ratito. Yo les pedía que nos canten sus canciones favoritas. Los escuchábamos y los aplaudíamos.

Años después ya no entrabamos en ningún living de una casa, por lo cual en el 2005 tuve que abrir Risas de la Tierra, una escuela infantil y centro cultural. El gran desafío fue llevar todo el conocimiento de las casa a una institución formal.

Grandes y niños creamos nuestros propios rituales para saludarnos y para darnos la bienvenida. Y los invito a todos ahora, a todos, todos, todos a que me acompañen haciendo un pulso, que tenga tierra pero que tenga aire, que no golpee.

¿Cómo sería? Eso…

Y desde Senegal, llega esta canción de bienvenida que dice así, para que cantemos todos juntos en forma de eco y dice:

Ye ye ye ye ye solmaye (Repiten)

Ye ye ye ye ye ye solmaye (Repiten)

Ye ye ye ye ye solmaye (Repiten)

Lindo…

Ye ye ye ye ye ye solmaye (Repiten)

1, 2, 3 y se va.

Eso

(Aplausos)

Qué lindo el público cantor.

Le dedicamos un ratito a saludarnos y se siente bien, ¿no es cierto?

Y luego, otro gran desafío en la escuela: hacer una pausa y conquistar la magia del silencio.

Shh

(Se hace una pausa)

La escucha se abre y los sentidos se despiertan.

Cuando la música empieza a formar parte de lo que pasa cada día, cuando va y viene de la escuela a casa, de casa a la escuela, es cuando pueden salir a la luz la voz y los conocimientos de las personas que forman parte de la comunidad.

Una vez salimos con los chicos de 4 años a recorrer la escuela. Llevábamos un grabadorcito para ir registrando todos los sonidos, desde el timbre de la entrada a la canilla del baño. Y también la cadena del baño, cosa que los hacía reír a los niños.

Otra cosa que hicimos fue grabar a todos los adultos preguntándoles qué escuchaban y qué cantaban de niños. La gran revelación de ese día fue Willy. Willy era el portero, de Paraguay. Y resultó que de niño había tocado el arpa en una orquesta paraguaya, pero además, y esto fue lo más importante, no enseñó a hacer un auténtico sapucay.

¿Saben cuál es el sapucay?

(Hace un sapucay)

¿Vieron ese grito de las entrañas?

Imagínense lo que fue para los chicos. Willy se transformó en algo así como Tarzán. Y a partir de ese día el código de saludo era un sapucay.

El tema es ¿cómo hacemos para desplegar esto si no nos sentimos músicos? O si estamos inseguros, si pensamos que somos desafinados.

Hay muchas maneras de reconectar con la música interior.

Un camino posible es ir hacia la infancia, volver a las fuentes musicales. ¿Qué escuchábamos de niños? ¿Qué me cantaba mi abuela que vino de España o mi abuelo que llegó de Santiago del Estero? Y si resulta que no nos acordamos ¿Qué me gusta ahora? Qué pongo cuando subo al auto, por ejemplo.

Les voy a contar algo que pasó una vez en la escuela, en estas rondas de los viernes, cuando salimos a compartir con la comunidad un poco de nuestra música y despedimos la semana. Yo iba cargando sillas, bancos, micrófono, instrumentos y resulta que en el medio del hall central había un señor que yo nunca antes había visto. Era un hombre mayor, de un aspecto muy imponente, serio, que miraba todo atentamente con un écharpe, una estola, así colgando del brazo y no se movía; y estaba en el medio de la circulación. Entonces como estaba plantado ahí yo fui gentilmente y le pregunté:

Disculpe señor ¿usted quién es?

A lo que me respondió: ¿soy el abuelo de Vito? Así con este tono.

Entonces como tenía una tonada particular, le volví a preguntar: bienvenido señor y usted ¿de dónde es, de dónde viene?

A lo que me respondió: Vengo de Corrientes.

Y como nosotros hacemos música y folklore, en un intento de acercarme o de agradar también, le seguí preguntando, comentando: qué bien, porque nosotros sabemos hacer chamamés. ¿Quiere que cantemos algo litoraleño?

Y me cortó y me dijo: no, de ninguna manera. Porque yo soy griego.

Estas cosas, que tenemos acá en Argentina, que venimos de tantos lugares además.

Y resulta que en ese momento, yo sonreí triunfalmente. ¿Saben por qué? Porque amo la música del mundo. Y tenemos una discoteca con discos de todos los lugares. Entonces sonreí y pensé por dentro: Ah, sos griego, ya vas a ver. Y me fui corriendo a buscar Zorva el griego ¿saben cuál es esa danza?

(canta)

Esa ¿no?

Entonces, unos minutos después, en la ronda de saludo, luego de cantar con las familias hice una pausa y dije solemnemente: quiero que todos sepan que hoy está con nosotros el abuelo de Vito. Y el hombre ¿Saben qué hizo? ¡Se paró! Hizo una reverencia. Era importante, realmente. Y la gente lo aplaudió.

Entonces dije: tenemos una sorpresa griega para este abuelo que viene de Corrientes.

Pusimos Zorva y en ese momento el hombre hizo un gesto así, con mucha presencia dijo ¡Uopa!, como hacen los griegos, pasó al centro y empezó a bailar ¡porque era bailarín! De ahí venía su importancia y su presencia.

Y nos enseñó a todos en la escuela a bailar Zorva el griego.

Hicimos tres círculos concéntricos guiados por este abuelo y fíjense que en vez de quedar aislados, la música nos integró instantáneamente.

Lindo, ¿no?

(Aplausos)

Otro camino posible es musicalizar las palabras, jugar con la voz, con el disparate

(hace sonidos con la voz)

como hacen los chicos. Porque el sonido es un juego de niños.

Mi abuela enredaba y desenredaba palabritas. Las hacía volar y me enseñó esta copla, que a su vez le enseñó su papá, mi bisabuelo Manuel. Y dice así:

Érase, érase. Érase una vez ga…

¡Ay todavía no llegaron!

Érase una vez un ga…

to

Ahora sí van llegando.

Érase una vez un ga…

to

que tras otro gato anda…

ba

Y le subimos el volumen al público.

Y dice:  
Érase una vez un ga…

to

Ahora…

que tras otro gato anda…

ba

y viendo que no llega…

ba

se puso a esperar un ra…

to

Y hacemos así, miren

Tic, tac, tic, tac

Como hacían los relojes antes ¿Se acuerdan?

Tic, tac

Y dice:

Cuando ¡Sas!

Hacemos un rotundo ¡sas!. Con los pies en el piso también para despertar a este espacio. Y dice:

Cuando ¡Sas! Cayó otro ga…

to

que tras otro gato anda…

ba

y viendo que no llega…

ba

se puso a esperar un ra…

to

Tic, tac, tic, tac

(Canta)

Érase una vez un ga…

to

que tras otro gato anda…

ba

y viendo que no llega…

ba

se puso a esperar un ra…

to

Miau, miau, miau

¡Bueno!

(Aplausos)

Gracias.

Todo esto es lenguaje musical. Es mucho más que tocar un instrumento o cantar. Y es posible para todos.

¿Cómo sería musicalizar la escuela?

También los docentes tienen que ir a bucear en sus propias fuentes, en un camino honesto de reconocer quiénes somos.

Y además encontrar los recursos. Porque necesitamos, por ejemplo, un repertorio que refleje la vida. Que integre esos momentos tristes, íntimos o de duelo, que también tiene la infancia.

Las canciones están vivas, no son mecánicas. Necesitamos canciones en modo menor, tranquilas. Como esa de la palomita que “se voló y se fue, y yo me puse a llorar” Que cuando la canté, una nena de 3 años hizo una pausa y dijo “Mi papá lloró porque se murió mi abuelo” y el nene que estaba al lado dijo “Y yo dejé el chupete”

Todas estas cosas que nos pasan en la vida ¿no es cierto?

También necesitamos canciones para bailar, para hacer pogo, para divertirnos y armar nuestros propios rituales de presentación. Con un cofre de tesoros del que salgan flautas, pajaritos y despierte la magia de mirar, de jugar por jugar y cantar por cantar.

La música es un maravilloso canal personal y colectivo, que nos lleva a despertar nuestro mundo interior y compartirlo con los demás.

Y nos enseña que escuchar tiene sentido.

Y los invito a todos a que hagamos este ritmo en nuestro pecho, despertando la vibración del sonido.

Shhh

Aquí donde los niños dicen “este soy yo, acá estoy”

(Canta)

Sale el sol, sale la luna

la vida mía y

con su vajilla de plata

la vida mía

y unas madejitas de oro

la vida mía.

Del lindo sol se desata

la vida mía.

ijajaii…

Muchas gracias